

Este documento ha sido descargado de:
This document was downloaded from:



**Portal *de* Promoción y Difusión
Pública *del* Conocimiento
Académico y Científico**

<http://nulan.mdp.edu.ar> :: @NulanFCEyS

Lic. ANIBAL JAUREGUI. UBA y UNLU.

Aquí se estudiará la conducta del empresariado en la década de 1950. No obstante los importantes cambios institucionales que motivaron una agudización del debate económico después de 1955, una parte importante del sector empresario siguió manifestándose a favor de cierta continuidad en la política económica. Por otra parte, el dato clave dentro del movimiento gremial empresario fue el reflejo de la división que sufría la sociedad argentina.

1. Introducción

El 1° de mayo de 1958 se instalaba en la Presidencia de la Nación Arturo Frondizi, el primer civil que ocupaba ese cargo desde 1943. Con él llegaba también el ideario desarrollista que, como es sabido, postulaba el desarrollo económico nacional basado en la industria sustitutiva. El empresariado pasaba a ser un destinatario jerarquizado de las políticas públicas, una clase "universal", encargada de llevar sobre sus hombros la misión del progreso económico de toda la sociedad. Era esperable que a una centralidad económica le correspondiera un elevado grado de protagonismo político. ¿Se cumplió esta expectativa?

Salta a la vista en primer lugar que el protagonismo fue dificultado por las herencias del pasado político que laceraban la representatividad empresaria al dividirla en dos grandes centrales: la Confederación General Económica (CGE) y la Acción para la Coordinación de Instituciones Empresariales Libres (ACIEL). La división continuaba luchas que se habían dado en tiempos de Perón reproduciendo en el terreno de la representación de las clases propietarias los conflictos políticos institucionales que dividían al país. En 1955 las entidades, que habían sido en gran medida obligadas al ostracismo o a la desaparición de la escena, recuperaron su lugar mientras que la CGE, que había recibido en 1953 el pendón de portavoz de los patrones, fue obligada a conocer los laberintos de la oscuridad. La CGE fue intervenida y de hecho disuelta por considerarla parte del régimen peronista. Una vez más los drásticos cambios que experimentaba la vida política nacional implicaban clausuras de las entidades representativas del empresariado, como en 1946 había sucedido con la UIA.

Las diferencias sectoriales no fueron suficientemente significativas como para impedir un funcionamiento conjunto. **Consideramos que las causas principales que sostenían la división del sector empresarial eran de naturaleza política: por una parte ambos nucleamientos estaban separados por la manera de concebir la participación sectorial en la escena pública y por la otra el país carecía de mecanismos específicos que contuvieran orgánicamente la asociación del sector empresarial con el Estado.**

2. La UIA en la hora de la revancha

Tras la caída de Perón, el gobierno de la Revolución Libertadora reintegró la personería jurídica de la UIA y nombró normalizador a Pascual Gambino, el mismo que había ganado las disputadas elecciones de 1946 y que simbolizaba elocuentemente la política de rechazo peronista a la autonomía organizacional del empresariado. Su vuelta vino cargada no sólo de antiperonismo sino también de oposición a los sindicatos y a cualquier reverdecer de la vieja CGE. Su renacimiento operó en contacto con las antiguas entidades de las clases propietarias, la Sociedad Rural, la Cámara Argentina de Comercio, la Bolsa. Al mismo tiempo la UIA acentuó el viraje hacia el liberalismo económico ya entrevisto en la etapa peronista, minimizando la defensa de políticas activas favorables a la industria que habían estado presentes en su programa preperonista. Sin embargo siguió manteniendo prevención ante la apertura de la economía. Coincidiendo en alguna

medida con el discurso desarrollista hacia descansar en el Estado la adopción de medidas que generaran economías externas a las empresas: la reorganización de los servicios públicos, el desarrollo energético, de los transportes y de las comunicaciones. Oneto Gaona expresaba una opinión más propia de Alvaro Alsogaray que de Luis Colombo.

La economía sana de todo el país debe tener por fundamento la ley inmutable de la oferta y la demanda, única que proporciona al productor consecuente y emprendedor el justo premio de sus afanes. Fácil es vulnerarla con señuelos dirigistas....¹. Esta posición ideológica de los sectores tradicionales de industria estaba directamente relacionada con la cuestión obrera y sindical. La UIA esperaba que la etapa histórica del país abierta en 1955 pusiera fin al modelo de relación laboral y de actuación política del sindicalismo obrera generado por el peronismo y esto exigía una apertura de la sociedad a la libertad de contratación y de mercados. Uno de los motivos de mayor prevención estribaba en el acercamiento inicial al peronismo y la posterior legalización de las conducciones sindicales peronistas. En la medida en que el gobierno fue reorientando su postura inicial, fue morigerando esta actitud a tal punto que uno de sus principales dirigentes José A. Blanco se hizo cargo de la Secretaría de Industria y Minería del gobierno nacional.

Internamente, existían corrientes que expresaban distintos puntos de vista. No había una conducción indiscutible. Tras la reapertura de la UIA, se hizo cargo de la misma Gambino, que falleció en 1960. La herencia de su cargo abrió una fuerte compulsa electoral que condujo en julio de 1961 una aguda confrontación de dos listas, la encabezada por Oneto Gaona, propietario de la manufactura de tabacos Piccardo y la del industrial papelerero Manuel Teitelman. Ateniéndonos a que normalmente las elecciones sancionaban una lista única, la contienda puede deberse a la ausencia de una posición clara de liderazgo pero también a divisiones que reflejaban la disconformidad de una parte de la masa societaria con las fuerzas dominantes que eran las más propensas al liberalismo económico y al antisindicalismo.

3. Los "bolicheros" en busca del espacio perdido

"El 8 de agosto de 1958 hace apenas mes y medio, mientras un tren con ciento cincuenta personas atravesaba la llanura de Santa Fe rumbo a Tucumán, donde habría de realizarse una asamblea más, pero ya convocada oficialmente por la CGE, algunos creyeron que despertaban de un largo sueño. Para que ese tren pudiera existir el 8 de agosto de 1958, muchos dirigentes no se habían dormido durante dos años y medio y la necesidad de la existencia de la CGE, había sido confirmada por los propios empresarios, reingresado el país a su cauce institucional"².

De esta forma se ufanaba la Confederación General Económica de la primera asamblea que pudo realizarse oficialmente de la reabierta entidad nacida de la "epopeya" de la dirigencia durante los años de la proscripción libertadora. El tono épico utilizado refleja una definición de un sector que representaba a sectores empresariales autoconsiderados en situación de marginalidad política e institucional. Según su propio relato, la CGE había nacido de la rebeldía de los hombres de empresa del país contra la estructura inarmónica y desequilibrada de la Nación, con todas sus riquezas y posibilidades concentradas en torno a la Capital Federal, "situación que el desarrollo de la república ha condenado". La lucha por su restablecimiento sería ardua ya que la CGE "...lesionó los intereses de quienes siempre han pensado al país simplemente como un inmenso campo de inversiones". Su proscripción había intentado tanto acallar los intereses del pequeño y mediano empresario del interior como eclipsar un estilo de gestión económica y política acorde con un país recorrido por desigualdades, sociales y regionales³.

A diferencia de la UIA en 1946, la CGE no se entregó sin luchar; batalló para mantener abiertas las federaciones y el espíritu asociativo. Las perspectivas de apertura electoral presentes desde los inicios mismos de la Revolución creaban la expectativa de que los tiempos de la proscripción podían

¹Discurso de Oneto Gaona en el día de la Industria de 1959. Revista de la UIA, num. 12, ago-sept. 1961, p. 27.

² CGE, Informe Gremial y Análisis Económico, Buenos Aires octubre 1958, Biblioteca del Ministerio de Economía, sin número de página.

³ La CGE conservaba su raigambre peronista al postular una política de acuerdos con los sindicatos, no sólo los peronistas.

concluir en breve. En 1956 la Federación Económica de Tucumán convocó al 4º Congreso Económico del Norte Argentino, en el que se lamentaban del restablecimiento del predominio porteño. Las federaciones se reagruparon en el Movimiento Nacional de Recuperación de las Entidades Empresarias, dirigido por Guillermo Iribarren, desde donde comenzaron a auscultar la marcha de la salida institucional.

Por estos años el líder natural de la CGE, José Ber Gelbard, pasó la conducción a Iribarren un dirigente riojano identificado con los radicales, primero próximo a Balbín aunque luego se acercaría a la UCRI. De esta manera buscaban despegarse de la acusación de peronista. La suspendida CGE parecía más próxima del candidato de la UCRI que de Balbín en la campaña que llevaría a las elecciones de febrero de 1958. Un mes antes de esa fecha, Frondizi fue invitado a una reunión en la que se pronunció contra el decreto de intervención considerando que la entidad disfrutaba de plena representatividad. En este punto Frondizi hizo honor a su promesa de campaña y cuando se entronizó en la Casa Rosada dictó el decreto correspondiente para autorizar la vuelta de la entidad pero sin la devolución de los bienes. Esta autorización parcial, que intentaba una solución salomónica entre los reclamos de ACIEL y CGE, dejaba sin embargo a los cegeístas en posición de actuar en un país perturbado todavía por la lucha entre facciones militares y civiles, ante un peronismo mayoritario y proscripto. La presencia creciente de los industriales, en detrimento de los comerciantes, determinó que autores como Brennan consideren que por entonces la CGE, representante de la pequeña y mediana empresa, fue la principal promotora de la industrialización. Se fue desarrollando entre los pequeños empresarios un sentido de misión, impulsado con habilidad política por Gelbard⁴.

A pesar de su filofrondismo inicial, la dirigencia cegeísta fue alejándose del gobierno desarrollista, especialmente a partir de la implementación del Plan de Ajuste de 1959. Iribarren fue reemplazado en la presidencia por el dirigente vinculado al radicalismo balbinista Lasarte.⁵ En verdad a partir de este momento, la CGE comenzaría a acercarse a acompañar de cierta forma las demandas de los sindicatos sin identificarse con el peronismo. Secretamente Gelbard mantenía una intensa correspondencia con el líder.

4. La puja entre las centrales empresarias

Una vez decidida la reapertura de la CGE de inmediato reaccionaron en contra las entidades empresarias tradicionales como la Bolsa, la Cámara Argentina de Comercio y la Sociedad Rural, calificando a la CGE de totalitaria, artificial y centralista preocupadas por la amenaza de ser absorbidas por la entidad. Aunque las posibilidades de que se reprodujeran las modalidades representativas de la época peronista eran francamente bajas, eran muy difícil que el recuerdo del pasado reciente no fuera utilizado por estas agrupaciones en el marco de una renacida puja por la representatividad.

Amén de acusar a la CGE de defender un programa socializante y la herencia peronista, ACIEL de la UIA y las demás entidades consideraba que aquella no defendía la "libre asociación"⁶.

Estas acusaciones fueron bajando el tono, cuando las posibilidades de que se reprodujera la integración compulsiva en una central única fueron desapareciendo. La discusión entre la CGE y ACIEL no sólo reflejaba las diferencias de criterio que podían existir al interior del empresariado sino que también eran el resultado de la lucha política que dividía por entonces al país sin encontrar fórmulas que pudieran conseguir acuerdos duraderos y necesarios para los proyectos de desarrollo. En noviembre de 1962 el ministro de Economía de Guido, Alsogaray convocó a una conferencia para la creación de un consejo nacional de planificación. La idea fue fría y recibida por ACIEL y la UIA pero la CGE se interesó. Alsogaray arrancó desafiando: "Tradicionalmente se han quejado de que ningún gobierno los ha escuchado... ¿Qué tienen que decir?". El problema que no tenían

⁴ Brennan J. "Industriales y 'bolicheros': la actividad económica y la alianza populista peronista, 1943-1976", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 15, 1º semestre de 1997, p. 131.

⁵ Secane M., *El burócrata maldito*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p. 113.

⁶ Freels J.W., *El sector industrial en la política nacional*, Buenos Aires, EUDEBA, 1970, p. 36.

nada que decir conjuntamente. Oneto Gaona dijo que si la CI y la CGE repudiaban su pasado, la UIA participaría de la declaración conjunta⁷.

La hostilidad mostraba que la UIA no estaba interesada en acciones conjuntas. Como la CGE se encontraba ciertamente en posición de inferioridad, era la que más levantaba la bandera de la unidad, un tema que le interesaba particularmente a la Confederación de la Industria. Una de las discusiones más importante que los separaba era la cuestión de los bienes incautados por la Revolución Libertadora que recién se resolvió por ley del congreso en 1965, con la entrega de valores depreciados a la CGE que se consideró triunfante y reconocida en su legitimidad.

5. A modo de conclusión: particularidades del sistema argentino de representación de intereses

En 1963 un novel José Luis de Imaz en un artículo publicado en la revista de la CGE confirmaba las dificultades del empresariado para integrarse como un actor colectivo. El empresariado había carecido de vocación de poder y de mentalidad sectorial. En vez de apostar a la inversión, los hombres de empresa convalidaron su triunfo comprando campos, como antes hubieran comprado títulos de nobleza. No supieron relacionarse con las Fuerzas Armadas, verdadero epicentro del país, y vivieron en contacto con extranjeros pero poco enraizados en el país. Todo esto le ha valido disponer de menor capacidad de actuación interna⁸. Más que con los "industriales débiles" de Cornblit nos encontramos aquí con los industriales incapaces de participar del juego del poder en el país.

A pesar de la vocación científica del autor, el artículo no era un ejercicio sociológico sino una propuesta. Pretendía reseñar el programa del sector empresario de ahí en más en un contexto institucional marcado por la debilidad de las instituciones representativas y por el juego paralelo de los "factores de poder". Según este programa, era necesario desarrollar los mecanismos que permitieran que se configurara como un grupo de presión en un país marcado por la anomia, la debilidad de las instituciones y las acciones clandestinas. En este mundo, más que la defensa del interés corporativo predominaba la búsqueda de la prebenda individual, de la mecánica lobbista.

Muchas veces se ha sostenido que en las sociedades capitalistas, los empresarios no dependen de la acción organizada ya que la influencia que ejercen opera por vías económicas y de forma individual. Como los gobiernos necesitan que el proceso acumulativo prosiga sin problemas, los empresarios disponen de control indirecto de los asuntos públicos por medio de su acción privada..

A este punto de vista se le opone otro que considera que las posibilidades que tienen los empresarios de que su disposición real o declarada a invertir funcione como un instrumento de presión política pueden ser bastante limitadas ya que el veto privado tendrá efecto sólo si el Estado careciera de importancia en el proceso de acumulación y distribución del capital⁹. La necesidad de influir sobre las decisiones del Estado es entonces desde nuestro punto de vista parte de las funciones de propias de la empresa moderna y normalmente esto remite a la acción colectiva. Ahora, la actuación colectiva esta determinada por una cantidad significativa de variables, a saber el grado de organización de los empresarios y de la relevancia social que hayan adquirido, particularmente con relación al sector agrario. Pero también influye de forma decisiva la capacidad de convencer al resto de la sociedad de que sus intereses pueden ser confluentes con los de todos. Esta acción colectiva dependerá además de las características del sistema de gobierno, la cultura política, el régimen de gobierno, la incidencia del parlamento y de los partidos. Cuanto más débil sea el sistema institucional, mayor será la tendencia a actuar fuera de este marco, intentando llegar clandestinamente sobre el Poder Ejecutivo.

En el caso de la Argentina, el sistema de representación de intereses incrementó este sesgo de inorganicidad. Después del peronismo quedó conformado un sistema de representación de intereses definido por su heterogeneidad estructural que se caracteriza por la coexistencia de una

⁷ Freels, op. cit., p. 43.

⁸ Imaz J.L., "Los empresarios grupo de presión fallido" 200 millones en el desarrollo económico y social de Latinoamérica, Instituto de Investigaciones Económicas y Financieras de la CGE, num. 8, 8-63.

⁹ Birle P., Los empresarios y la democracia en la Argentina, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1997, 32.

variedad de sistemas para representar intereses funcionales diferenciados¹⁰, en este caso el corporativismo que predominaba en el sector obrero y el pluralismo que quedó como la modalidad de los sectores patronales. Y, en este caso, el pluralismo determinaba una notable incapacidad para proponer proyectos colectivos del sector empresario

Bibliografía

1. Alberti Giorgio, Golbert Laura y Acuña Carlos (1984) "Intereses industriales gobernabilidad democrática en la Argentina", Boletín Informativo Techint, num. 235, octubre diciembre.
2. Alberti Jorge y Castiglione Franco (1985) "Política e ideología de la industrialización argentina" en Boletín Informativo Techint, num. 239, julio agosto
3. Birle P, Los empresarios y la democracia en la Argentina, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1997
4. Freels J. W., El sector industrial en la política nacional, Buenos Aires, Eudeba, 1970
5. Halperin Donghi T, Argentina en el callejón, Buenos Aires, Ariel, 1994
6. Lewis P., La crisis del capitalismo argentino, Buenos Aires, FCE, 1993
7. Rouquié A., Poder militar y sociedad política en la Argentina, II 1943-1973, Buenos Aires, Emecé, 1982
8. Seaone M., El burgués maldito, Buenos Aires, Planeta – Espejo, 1998

¹⁰ Seguimos en este punto a Alberti G, Golbert L. y Acuña C. "Intereses industriales y gobernabilidad democrática en la Argentina," Boletín Informativo Techint, num. 235, oct-dic. 1984.